

## PERROS DEL “PARAÍSO”: EL IMAGINARIO DE UNA CIUDADANÍA QUILTRA EN LA NARRATIVA DE VALPARAÍSO<sup>1</sup>

### DOGS OF “PARADISE”: THE IMAGINARY OF A *QUILTRO* CITIZENSHIP IN THE NARRATIVE OF VALPARAISO.

Oscar Rosales Neira

Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación. Valparaíso, Chile.

orosalesneira@gmail.com

#### Resumen:

Este artículo analiza las implicancias simbólicas de la figura del perro en la literatura de Valparaíso. A partir de una mirada en perspectiva, que hace dialogar referentes textuales que dan cuenta de los antecedentes y la situación actual del imaginario canino en la ciudad puerto, se interpreta esta presencia desde el devenir-animal propuesto por Deleuze y Guattari y otros aportes teóricos que forman parte de lo que se ha denominado el “Giro Animal” del pensamiento contemporáneo. Se plantea que la literatura local inserta el imaginario de una “ciudadanía quiltra”, recreando un sujeto que entra en contacto con la denominada zona animal para insertarse en la disputa simbólica del territorio, exponiendo críticamente aquello que el discurso hegemónico administrativo omite y/o excluye en el proceso de imponer y homogeneizar paradigmas identitarios que la imagen-ciudad debe reflejar y reproducir.

**Palabras clave:** Ciudad, Perros, Devenir Animal, Imaginarios urbanos, Contradiscursividad.

#### Abstract:

This article analyzes the symbolic implications of the figure of the dog in the literature of Valparaíso. From a perspective which makes textual referents dialogue that account for the antecedents and current situation of the canine imagery in the port city, this presence is interpreted from the becoming-animal proposed by Deleuze and Guattari and other theoretical contributions that are part of what has been called the "Animal Turn" of contemporary thought. The installation of the imaginary of a "quiltro citizenship" is proposed, which relates to the construction, from local literature, of a subject who comes into contact with the so-called animal zone to insert itself into the symbolic dispute of the territory, critically exposing what the hegemonic administrative discourse omits and / or excludes in the process of imposing and homogenizing identity paradigms that the city-image must reflect and reproduce.

**Key words:** City, Dogs, Becoming Animal, Urban Imaginaries, Counter-discourse.

**Recepción:** 03 de mayo de 2021

**Aceptación:** 05 de junio de 2021

---

<sup>1</sup> El contenido principal de este artículo forma parte de la tesis para optar al grado de Doctor en Literatura Hispanoamericana Contemporánea de la Universidad de Playa Ancha, titulada “La Ciudad Apócrifa. Los imaginarios urbanos como contradiscursividad en la literatura contemporánea de Valparaíso”, cuyo desarrollo fue financiado por la beca CONICYT-PFCHA/Doctorado Nacional/Año 2017 – Folio N° 2117152, y su redacción final se enmarca en la participación como ayudante de investigación del proyecto ANID/CONICYT + FONDECYT Regular 2018 N°1181787: ‘Disidencia, desborde y catástrofe en los imaginarios urbanos de Valparaíso (1914-2014)’. Investigador Responsable: Iván Alexis Candia Cáceres.

## Introducción

Si nos lanzáramos a la tarea de construir un bestiario de Valparaíso, deberían estar presentes animales como los gatos, los ratones y quizás, en menor medida, algunas especies de origen marino (esto último, aunque parezca curioso en una ciudad puerto, es una realidad propia de nuestra cultura nacional, ya que vivimos de espaldas al mar y sin lograr establecer una relación plena con este elemento; tema que profundizó Benjamín Subercaseaux en su obra *Chile Tierra de Océano*). Pero sin duda alguna, la criatura que coronaría ese hipotético álbum de animales locales, serían los perros, con su denominación típicamente chilena: la del quiltro; en este caso, la del quiltro porteño.

La presencia de este animal por las calles de la urbe popularmente conocida como la “Joya del Pacífico”, tiene antecedentes interesantes en diversos textos, ya sean estos documentos históricos, ficciones o testimonios más cercanos a los géneros referenciales. Analizar en perspectiva su recreación en la narrativa porteña, desde la relación que se plantea entre su carga simbólica, el territorio y sus habitantes, hace posible establecer un imaginario cuyas implicancias aportan valiosos elementos para interpretar una forma de identidad porteña que se puede denominar como “ciudadanía quiltra”, la que dice relación con la forma de vida que llevan ciertos personajes y, especialmente, con la manera en que se relacionan y dialogan con un espacio urbano específico, el cual plantea una serie de encrucijadas y conflictos que llevan a los personajes a experimentar lo que Deleuze y Guattari han denominado el “devenir-animal”, entendiendo este fenómeno como un proceso de agenciamientos y desterritorializaciones que se expresan como respuesta del sujeto frente a las opresiones que coartan su desarrollo pleno en diferentes ámbitos. Tal como lo aclaran al plantear su propuesta en *Mil Mesetas*, este devenir no se trata de imitar al animal -en este caso, al perro-, sino en la apertura constante por parte del individuo, propiciada por determinadas circunstancias o entornos que lo llevan a emitir partículas que entran en contacto con la zona animal, para extraer de ahí algo común que le hace posible rebelarse frente a lo que lo apremia. Deleuze y Guattari atribuyen al devenir animal una dimensión política, que implica poner en tensión aquellas instituciones del Estado cuyos procesos de normalización generan desigualdad, segregación y subalternidad.

Hay toda una política de los devenires-animales, como también hay una política de la brujería: esta política se elabora en agenciamientos que no son ni los de la familia, ni los de la religión, ni los del Estado. Más bien expresarían grupos minoritarios, u oprimidos, o prohibidos, o rebeldes, o que siempre están en el borde de las instituciones reconocidas, tanto más secretos cuanto que son extrínsecos, en resumen, anómicos. Si el devenir-animal adopta la forma de la Tentación, de monstruos que el demonio suscita en la imaginación, es porque se acompaña, tanto en sus orígenes como en su empresa, de una ruptura con las instituciones centrales, establecidas o que tratan de establecerse (Deleuze y Guattari 252).

Esta condición subversiva del devenir animal resulta interesante para este estudio, pues ofrece una herramienta de análisis para abordar la presencia del perro en la literatura porteña contemporánea y, además, perfila un atributo de lo que aquí se propone como el imaginario de una “ciudadanía quiltra”, la que consistiría en una forma rupturista de habitar el territorio, mediante acciones que ponen en tensión aquello que institucionalmente se trata de imponer como fundamento identitario que debe ser socialmente asumido y compartido.

Cabe consignar que no hay trabajos previos que exploren las posibilidades de exégesis que brinda la presencia del perro en la literatura ambientada en Valparaíso, tomando con bases del análisis la respuesta que ofrecen los textos ficticios frente a otras discursividades específicas y de carácter oficial que cruzan el territorio. Sin embargo, sí se hace necesario mencionar el estudio de Bernardo Subercaseaux acerca de la presencia del perro en la literatura, cuya premisa de que “[...] la narrativa perruna resulta un campo privilegiado para indagar aspectos de la condición humana vis a vis la condición animal” (Subercaseaux 45), se suscribe también en este trabajo. Al adoptar un corpus de carácter universal, el autor citado hace una observación no menor al comparar las características y funcionalidad del perro en la literatura europea y latinoamericana, tratándose en esta última de bestias que “[...] involucran a perros vagos, a quiltros y no a perros de raza, lo que se traduce en diferencias de tono y lenguaje, en la presencia del humor y de elementos propios de la cultura popular y de la novela picaresca” (47). Esta tipología y funcionalidad del quiltro está presente en la literatura porteña contemporánea en textos como *El Caníbal de Laguna Verde*, de Cinthia Matus, donde el devenir-animal del antagonista, como se verá más adelante, conlleva la puesta en escena de la sátira y la caricatura como mecanismos de profanación de aquellos referentes que sustentan un constructo identitario que se denuncia como engañoso.

Subercaseaux consigna otro aspecto que permite acercar la dimensión política del devenir-animal con aquello que la actual sociedad canina global representa, en la cual:

[...] hay también fenómenos de inclusión y exclusión, segregación, estamentos y marginalidad, diferencias entre perros que reproducen las diferencias que se dan en la sociedad. Hay perritas fífis, enchuladas, perros de raza que poseen linaje, árbol genealógico y pedigrí, que meriendan en recipientes especiales y participan (siguiendo el patrón del american way of life) en certámenes de belleza o de adiestramiento. Otros que son simplemente perros de hogar. Y otros, especialmente en Valparaíso, en Chile y en las ciudades polvorientas de América Latina, que no tienen dónde vivir, que son perros vagabundos, andrajosos y pulguientos, excluidos del sistema, perros que deambulan hambrientos por las calles, desnutridos, mal olientes, rengueando o plagados de yagas, tumores y garrapatas. (39)

Es en esta zona de desamparo, exclusión y derrota -que implica la presencia animal en Valparaíso- donde se producirá el devenir-animal de Navarro, el protagonista de la novela *Ricardo Nixon School* de Cristián Geisse, texto que sustentará la segunda parte de este análisis. A continuación, se abordarán algunos antecedentes que permitirán apreciar en perspectiva el papel social y simbólico del perro en la ciudad puerto.

### **Quiltros en la bahía**

Revisar la trayectoria del quiltro en las calles de Valparaíso a través de distintos documentos que han dejado constancia de las implicancias de su presencia, es un ejercicio que se propone bajo la guía de las siguientes preguntas: ¿cómo aparecen retratados?, ¿cuál es su relación con la comunidad y el territorio?; las respuestas a las interrogantes anteriores ¿permiten identificar imaginarios urbanos que han sido perpetuados o relevados en el tiempo a través de la creación literaria local? y, la más importante, ¿qué nos revela la presencia del perro acerca de la identidad de la ciudad y sus habitantes?

Para comenzar, una potente imagen de la fauna canina local es la que aporta Federico Walpole, teniente de la Armada Real Inglesa, quien en su “Visión de Valparaíso al Finalizar la Primera Mitad del Siglo XIX”, entrega una mirada bastante descarnada de lo que en ese entonces era este territorio portuario, sin procurar la más mínima mesura en afirmaciones del tipo “Valparaíso es, por cierto, el agujero más horrible de las costas del mundo” (Cit. en

Calderón y Schlotfeldt 200). Los perros aparecen en su relato cuando describe la actividad de un embarcadero público para llevar provisión de agua hasta los barcos. Explica que se usaban unos tanques que eran llenados con el vital elemento a través del uso de la tracción animal:

Para ello se usa una rueda de molino que funciona tirada por perros, para cuyos objetos se cogen y se enganchan los perros que andan vagabundeando por la ciudad. Afortunadamente se puede echar mano de un gran número de ellos, pues, por el aspecto que presentaban los desgraciados quiltros que vi trabajar, estoy seguro que estaban resueltos a no dejarse atrapar por segunda vez. Estos perros vagabundos constituyen una gran molestia; son salvajes como los que infestan las ciudades turcas y su número no disminuye ni con las matanzas semanales que se permiten en otras partes de la América del Sur (Cit. en Calderón y Schlotfeldt 202).

Esta descripción, en la que el militar ya empleaba el vocablo quiltro para referirse a cierto tipo de perro, desnuda un brutal modelo de explotación en faenas portuarias a la que debían someterse también muchos hombres que migraron hacia Valparaíso en busca de oportunidades. Así, es posible apreciarlo en la descripción que entrega Rubén Darío en su cuento “El fardo”, publicado por primera vez en 1887, el que parece dialogar directamente con algunos de los atributos que se endosan a los canes en el texto de Walpole. Al describir a la figura del lancharo, encarnada en el personaje del tío Lucas, el escritor nicaragüense señala lo siguiente:

[E]ra casado, tenía muchos hijos. Su mujer llevaba la maldición del vientre de los pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar qué comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey. Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi un armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! (Darío 95).

En el extracto de este cuento, elaborado, según reconoció el mismo autor, bajo la determinante influencia del Naturalismo, se emparenta la figura del hombre y la bestia a través del padecimiento del trabajo forzado, como mecanismo de subsistencia que

garantizaba la productividad económica de un modelo que los excluía de forma brutal de las promesas de progreso y bienestar propias del discurso de la Modernidad. Además, como puede observarse, se simboliza la explotación laboral en la animalización del ser humano, el que se ve obligado a “trabajar como buey”. Es interesante también constatar cómo a través del cruce de ambos textos se puede analogar la obstinada proliferación de las masas empobrecidas en Valparaíso, que se refugiaba principalmente en los conventillos, con la incontrolable plaga de perros vagos que molestaba a Walpole. Esto no es menor puesto que, siguiendo el planteamiento ya citado de Bernardo Subercaseaux en torno a la capacidad de la figura del perro para reflejar las distintas desigualdades y exclusiones propias de nuestro orden social, permite constatar a nivel local la funcionalidad de un bestiario más allá de su configuración mitológica o fantasiosa, y leer a estos animales como una representación de los males y temores propios de un tiempo determinado. En este sentido, al reflexionar en torno a los fundamentos del despliegue y avance de un manifiesto animalista, Corine Pelluchon establecía que “[...] nuestra relación con los animales es un espejo que nos muestra en qué nos hemos convertido con el paso de los tiempos. En el espejo no solo aparecen los horrores cometidos por nuestra especie al explotar a otros seres sensibles, sino el rostro macilento de una humanidad que está perdiendo su alma” (Pelluchon 13). El “espejo de horrores” ofrece una categoría propicia para hablar de un imaginario contradiscursivo sintetizado en la presencia del quiltra en la ciudad, puesto que la imagen que ofrece este cristal vulgar no es la de las virtudes de un modelo social idealizado, sino la de aquellas violentadas subalternidades cuya sola presencia genera tensiones y opera como tachadura de un modelo cuyo discurso proyecta apariencias engañosas. Como confirmación de este punto, basta recordar que, en el cuento de Darío, el hijo del tío Lucas, pese a su débil condición y precarias condiciones de vida, es capaz de sobrevivir a la enfermedad, pero es finalmente el trabajo portuario, el mismo que debía garantizar su subsistencia, el que termina matándolo:

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vio una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca el perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca. Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío

Lucas, sino el muchacho destrozado, al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio (Darío 99-100).

El fardo, que simboliza la carga que debe soportar el tío Lucas y su prole, termina aplastando al muchacho. Determinado por su ascendencia, el chico estaba destinado a asumir un rol de Sísifo en las faenas del puerto, cargando y descargando una y otra vez, desempeñando su rol en un sistema económico cuya única salida, para los de su condición, resulta ser la muerte, configurando un imaginario de explotación y tragedia humana que, como fue posible apreciar, también padecían los animales en tareas similares.

Más adelante en el tiempo, es posible encontrar una crónica titulada “Valparaíso en 1950”, firmada por Eduardo Blanco Amor, escritor y periodista español que también pasó por esta ciudad, en la que dedica un extenso apartado a los quiltros porteños. Los refiere como uno de los aspectos que conforman la identidad profunda y pintoresca de este puerto, anotando que:

También en Valparaíso hay perros innumerables y totémicos. Dejemos a un lado a los perros de la alta clase, con sus rígidos “pedigrees” [...] Pasemos también, de largo frente al perro de la clase media [...] El perro específico de Valparaíso es el perro de la clase pobre. Llamémosle por su nombre, acariciante y juguetón ya en el fonema del vocablo: el “quiltro” (Blanco Amor 136-137).

Y a continuación agrega que estos canes poseen: “[...] un grado de humanización que yo no he visto antes entre tantos, infinitos, perros como uno ha tratado en su vida literaria. Les falta votar para ser como nosotros” (137). Esa peculiar condición animal poseedora de rasgos propios del ser humano, es una observación relevante, pues permite sustentar esa categoría totémica que él mismo les otorgaba a los quiltros al comienzo de sus observaciones y que permite leer un determinado tipo de sujeto porteño a partir de las cualidades simbólicas de la figura del perro, la que reuniría los atributos para ser considerado como un animal emblema del puerto. No por nada el escritor español finaliza su texto con una historia en la que narra su encuentro con dos niños de muy pobre aspecto, a los que descubre comiendo agazapados debajo del vagón de un tren detenido en los alrededores del puerto. Lo que llama poderosamente su atención es el descubrimiento de lo que, a primera vista, le parece una fisonomía fantástica:

Dos de ellos se llevan un bocado a la boca y, con una alternancia sorprendente, otro al pecho, como si tuviesen una segunda boca en el esternón. Me acerco dispuesto a descubrir una nueva especie de cíclopes estomacales. Efectivamente, allí, [...] entre las ex chaquetas, hay otra boca. Son unas fauces ávidas y rosadas que engullen el bocado y lengüetean amorosamente los dedos nutricios que se los alcanzan. Las dos criaturas llevan adheridos al calor de su piel sendos perrillos de pocas semanas. (430-431).

Este singular relato finaliza con la aparición de un carabinero que se lleva detenidos a los menores y sus cachorros por un supuesto robo de azúcar; aparecen aquí los canes como compañeros de pequeños rufianes que frecuentan los bajos fondos de la urbe y que constituyen un tipo de presencia que atenta contra el orden social y que el poder se encarga de excluir y controlar. Hay otro aspecto de este relato que aquí interesa y que tiene que ver directamente con los perros como presencia o fuerza desencadenadora del fenómeno del devenir-animal: Las bestias que acompañaban a los menores fueron rescatadas por ellos mismos desde un basural donde había sido arrojados recién nacidos y cuyo destino era la muerte. El sufrimiento de los perros despierta en los niños un sentimiento de compasión que abre una zona de encuentro entre las dos especies y genera en ellos la expresión del afecto, entendido -desde el fenómeno del devenir-animal-, como el sentimiento que se produce en el hombre al vivir la especie animal como una población de la que se siente parte y de la cual es responsable: “Pues el afecto no es un sentimiento personal, tampoco es un carácter, es la efectuación de una potencia de manada, que desencadena y hace vacilar el yo” (Deleuze y Guattari 246). Los menores de hecho dan curso a esta potencia de manada que tiene también un carácter táctico y que representa un problema para la sociedad, puesto que “[...] el origen de las manadas es completamente distinto que el de las familias y los Estados, y no cesan de minarlos, de perturbarlos desde afuera, con otras formas de contenido, otras formas de expresión. La manada es a la vez realidad animal y realidad del devenir-animal del hombre” (246), razones por las que esa célula que conforman momentáneamente los niños y los cachorros es reprimida y disuelta por la autoridad. Pero hay otro fenómeno interesante en el devenir-animal que experimentan los infantes y que dice relación con la manifestación de este proceso como la búsqueda de salidas o alternativas ante aquello que el sistema les niega y lo resuelven de modo inverso, es decir, prodigando a los canes aquello que la sociedad les

ha vetado: la solidaridad. Siguiendo los planteamientos del historiador Gabriel Salazar en cuanto a la historicidad de la infancia nacional, es posible sostener que el devenir-animal permite a los niños de la crónica de Blanco Amor posicionarse como sujetos históricos, en el sentido que no son figuras pasivas que solo reciben y reproducen las consecuencias del impacto de la historia que hacia ellos se filtra desde el mundo adulto a través de una “esencia pedagógica”, sino que son capaces de generar respuestas para crearse desde ellos mismos las alternativas necesarias para acceder a aquello que el modelo imperante les niega (en el caso de los niños guachos, Salazar ejemplifica este interesante fenómeno mediante la creación de redes de afecto y protección a través del “apandillamiento”, lo que les permite a la vez acceder a la identidad que la historia les ha negado):

Y esto hace que ellos puedan hacer historia por su cuenta, a espaldas de sus padres, o frente a ellos (pero ignorados), o uno con otro solos, pero llenos de imaginación viva. Porque un niño con otro extienden la sensibilidad como red, recogen todo el rocío que proviene de las nubes altas, filtran a su manera la realidad, en imágenes químicamente puras. Y las pandillas de niños pueden, por eso, llenarse de una historicidad que, pareciendo ser un reflejo de la adulta, puede resultar más auténtica y más verdadera que la que tratan -como el avestruz- de ocultar los adultos. (Salazar 132).

Para cerrar este apartado de antecedentes acerca de la presencia del perro en los textos generados en/acerca de Valparaíso, hay un cuento de ciencia ficción de Catalina Iglesias, publicado en 1971 en la *Antología de Nuevos Narradores de Valparaíso*, que resulta pertinente analizar, puesto que aporta otros sentidos a la línea teórica que se sigue en esta propuesta. El relato en cuestión se titula “La búsqueda” y presenta en pocas páginas la historia de un viejo acompañado con su perro que, en sus diálogos con la mascota, asegura estar cumpliendo la misión de generar una raza superior en el planeta: “Estaba allí. En plena era cibernética, como al principio: una fogata, un perro, la oscuridad. Sentado en unas piedras ¿rumiaba o comía? ¿vegetaba o realmente existía? Los faroles le alumbraron varias veces, pero él, ajeno a la velocidad supersónica, ajeno a los satélites, ajeno a la civilización, ajeno a todo” (Iglesias 51). De esta forma comienza la narración, situando a este personaje con características que desterritorializan su humanidad en un supuesto Valparaíso del futuro, en el que se encuentra en contacto con lo elemental, marginado de la civilización,

perpetuando en esta imagen, como se verá más adelante, el ciclo histórico de generación de subalternidades y exclusión social; y en el pasado primigenio y en el futuro tecnológico, la presencia del perro. El nombre del perro es “Ego”, es decir, constituye una parte esencial del sujeto protagonista en cuanto a cómo este percibe la realidad, puesto que se encontraría experimentando un estado pleno de devenir-animal: “Ego vale mucho más, ya nos comunicamos sin palabras, todo lo capta razonablemente. Ego es mi obra y tendré que seguir adelante, sin prisa, me quedan aún muchas pieles que cambiar” (52). Esta condición, al igual como sucedía con los niños del relato anterior, ocasionará que sea despreciado y condenado por poner en tensión los paradigmas sociales oficialmente establecidos y resguardados mediante la institucionalidad normativa. “- ¡Córrete viejo, si no quieres que te deje apelmazado! -Estos viejos indecentes son una vergüenza para la civilización, tan repugnante como su perro flaco” (52); “Esta gente vaga deberían fondearla en la bahía” (53). Este tipo de repudio social es el que va sufriendo a medida que se mueve por la ciudad, reflexionando críticamente respecto a los distintos dispositivos que van determinando el diario vivir del ser humano: “Ves Ego, como el hombre ha llegado a ser su propio esclavo, figúrate tiene enormes problemas de dinero y nosotros que nada tenemos lo tenemos todo, me da pena mirarlo... ¡Tan poco vale!” (53). El clímax del relato se produce cuando se acerca, con la intención de ayudar, al cadáver de una mujer en una playa solitaria, donde es sorprendido y apresado; se le acusa de cometer el crimen y, tras considerarlo un loco de remate, es internado en un hospital psiquiátrico donde le realizan exámenes médicos para, finalmente, ponerle una camisa de fuerza y encerrarlo en una celda acolchada. Es en el desenlace donde se produce otra escena reveladora, puesto que para encontrar una salida al encierro al que es sometido, deviene animal una vez más, en este caso, “mudando su piel”, como una serpiente, lo que le permite escapar del hospital bajo la forma de un niño, llevándose en brazos al perro. Se presencia aquí un devenir-animal completamente consumado, que se alza como crítica frente a una sociedad en la cual, de acuerdo a lo planteado por Agamben, la máquina antropocéntrica falló en su tarea de producir para los pueblos su historia y su destino, abandonando así las grandes tareas históricas:

Las potencias históricas tradicionales -poesía, religión, filosofía- que, tanto en la perspectiva de Hegel-Kojeve como en la de Heidegger, mantenían despierto el destino histórico político de los pueblos, han sido

transformadas desde hace tiempo en espectáculos culturales y en experiencias privadas y han perdido toda eficacia histórica. Frente a este eclipse, la única tarea que todavía parece conservar alguna seriedad es el tomar a cargo y realizar la "gestión integral" de la vida biológica, es decir de la propia animalidad del hombre (Agamben 141).

Para los casos analizados desde el simbolismo de la figura del perro, a saber, las masas pobres y trabajadoras, los marginales y los "anormales", es factible distinguir un tipo de habitante del territorio que sustenta el imaginario de un "ciudadano quiltro", acuñando esta categoría desde el concepto de "Ciudad Quiltra" que elabora Magda Sepúlveda para abordar las voces que recrea la poesía chilena desde el espacio urbano entre 1973 y 2013. A ella le interesa el vocablo quiltro en cuanto apunta a "[...] las subjetividades "bulliciosas", de "mala raza", de "origen mapuche", de "mujer pizpireta" y de todos los que hablan en la poesía chilena que tematiza la ciudad y su urbanidad" (Sepúlveda 14). Estas presencias quiltras claramente rondan por la urbe para poner en tensión aquellos paradigmas sobre los cuales se funda la identidad nacional y que se proyectan a través de discursos y políticas que idealizan e imponen sueños colectivos. De ahí entonces la relevancia y la necesidad de considerar la recreación de la presencia canina en el territorio local desde la narrativa porteña, configurando un "imaginario perruno" -en palabras de Bernardo Subercaseaux-, cuyos alcances resultarán útiles en el ejercicio de reconocer la mirada que los escritores que han elaborado textos de y sobre Valparaíso, tienen sobre la condición actual del espacio urbano, leyendo estos aportes desde la presencia y simbolismo del perro en relación directa con una discursividad mayor, que hegemoniza y administra el proyecto e identidad de la ciudad.

### **Un mordisco al artificio**

Desde que la ciudad de Valparaíso fue designada como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO (2003), la producción literaria local asumió una postura crítica y, en algunos casos, hasta subversiva frente a esta investidura institucional que confirió una nueva categoría a la urbe. Dentro de la narrativa porteña actual, es posible detectar la presencia de construcciones discursivas que interpelan directamente la imagen urbana de carácter patrimonial, poniéndola en tensión de manera crítica, ya sea alegorizando su condición de artificio, exponiendo la decadencia y la miseria que cruza el territorio o parodiando el rol de

los nuevos agentes culturales que asumieron labores de rescate y preservación, determinadas por los códigos de la reificación y la cultura del espectáculo, materializando así una dinámica postpatrimonial o de “patrimonio light”<sup>2</sup>, de acuerdo a lo señalado por Adolfo de Nordenflytch. Frente a esta operación, los escritores locales reaccionan elaborando una contradiscursividad contingente que cuestiona esa imagen urbana proyectada por las esferas de poder, elaborando una escritura que se perfila como una táctica de oposición y resistencia que, de acuerdo al planteamiento de Vigil Oliveros<sup>3</sup>, se contrapone al discurso hegemónico y busca dar las razones para desnaturalizar aquello que las élites han legitimado. La narrativa contemporánea de Valparaíso se alza entonces como una heterodoxia que ofrece un imaginario urbano disidente, que denuncia y desmantela la condición de artificio del relato administrativo que explota la fórmula económica “Valparaíso ciudad patrimonial”. De esta forma, la contemporaneidad de la literatura porteña actual se define por su marcado carácter intempestivo, tomando este concepto de Giorgio Agamben, para referir que “[...] contemporáneo es aquel que mantiene la mirada fija en su tiempo, para percibir no sus luces, sino sus sombras. Contemporáneo es quien sabe ver esa sombra, quien está en condiciones de escribir humedeciendo la pluma en la tiniebla del presente” (Agamben en línea). Como ya fue señalado, al interior de estas tácticas contradiscursivas, se invoca una de las figuras relevantes del imaginario perruno, el quiltra, el que adquiere, en el contexto urbano de Valparaíso, ribetes bastante interesantes que permiten abordar su simbolismo de la misma forma en que Ignacio Malaxecheverría enfocaba el estudio del *Bestiario medieval*, es decir, no como meras fantasías propias de una psíquis infantil o primitiva, sino como vehículo representativo de los temores y preocupaciones propios de su tiempo.

En el cuento “Cerro arriba” de Natalia Berbelagua, emergen los animales como una fuerza oscura e infernal, con atributos de lo sublime, pues son anuncio y expresión de la tragedia que pone al habitante de frente con la experiencia de la muerte y la fragilidad:

---

<sup>2</sup> Revisar Nordenflytch Concha, José. *Patrimonio Local. Ensayos sobre arte, arquitectura y lugar*. Valparaíso: Editorial Puntángelos, 2004.

<sup>3</sup> La autora desarrolla algunos atributos de la contradiscursividad en su artículo: Vigil Oliveros, Nila Del Carmen. "El contradiscurso asháninka como herramienta de disidencia y afirmación cultural frente al estado y la sociedad mestiza del Perú." *Tonos Digital. Revista Electrónica de Estudios Filológicos*. Universidad de Murcia, 2018. En: [https://www.um.es/tonosdigital/znum34/secciones/tintero-2-vigil\\_oliveros\\_contradiscurso.html](https://www.um.es/tonosdigital/znum34/secciones/tintero-2-vigil_oliveros_contradiscurso.html)

Se escuchó un ruido, un murmullo en los adoquines, sonaba a garras pequeñas destemplando las piedras. Me levanté y vi esos cientos de ratas trepando el cerro ordenadas en un desfile militar, con los ojos enfocando el final de la calle. Los perros bajaron en jaurías, fueron directamente a atacarlas, festinaban con ellas en el hocico, las lucían como trofeos. Se estremeció la tierra producto de una explosión, media cuadra de calle Serrano desapareció por completo. (Berbelagua 81)

Este pasaje hace referencia a la explosión de gas que afectó la calle Serrano en Valparaíso el año 2007, asociando la figura del perro a la fatalidad y destrucción progresiva de la urbe, la que ha visto cómo a causa de negligencias y manejos deficientes, desaparece esa arquitectura que daba cuenta de su pasado esplendoroso como gran puerta del Pacífico y capital económica de Chile. Y, más importante, se emparenta el simbolismo del perro con el fuego, elemento que cada cierto tiempo emerge para alterar de manera trágica la fisonomía urbana del puerto. De acuerdo a lo documentado por Chevalier en su *Diccionario de Símbolos*, la relación de los perros con el fuego es ancestral, siendo retratado en varias tradiciones como héroe pirógeno, que emula el mito de Prometeo, robando el fuego para entregarlo a los hombres (en un relato de tribus oceánicas justamente le roba el fuego a las ratas). No obstante, circunscribiéndolo al caso que aquí se aborda, el perro es portador de un fuego de aniquilación, que en Valparaíso tiene un antecedente de tipo fundacional, no solo por el nombre indígena de esta tierra, que es Alimapu o tierra quemada, sino también por el trágico episodio que protagonizó Juan Gómez de Almagro, primer alguacil mayor del territorio, quien en 1549 ejecutó a la población autóctona del lugar motivado por rumores infundados acerca de una rebelión, para luego quemar los cadáveres en señal de macabra advertencia. Sin pasar por alto estos antecedentes, es posible elaborar una lectura mucho más actual y directa de los perros pirógenos de Berbelagua: Frente a un discurso idealizado de conservación histórica, la ciudad real se destruye. El Patrimonio Material, la herencia arquitectónica, deviene ruina producto de la falta de compromiso por su resguardo desde el gobierno central, la negligencia de las distintas autoridades de turno a nivel local y de la inexistencia de planes efectivos de manejo y cuidado de este tipo de bienes. Valparaíso continúa su proceso de deterioro, perdiendo, en una poética crepuscular, aquellos atributos en los que se sustentó su época dorada de puerto principal de Chile y del Pacífico, situada entre 1820 y 1920, cuando era la capital comercial y financiera del país. Una gloria pasada

que la lógica patrimonial se esfuerza hasta ahora inútilmente en preservar y comunicar a través de imágenes que tienen mucho más de artificio que de realidad.

A propósito del patrimonio light y tipo postal, los perros aparecen nuevamente en la literatura actual de la ciudad, esta vez para satirizar la nueva categoría mundial que la ciudad obtuvo tras el título otorgado por la UNESCO. Así es posible apreciarlo en la novela *El caníbal de Laguna Verde*, cuya trama presenta las accidentadas aventuras de una periodista que se lanza tras la historia de un psicópata antropófago que perpetra sus crímenes en la periferia de la urbe; el caníbal resulta ser un ex alcalde porteño que se desempeña como encargado de un canil; su fiel compañero es el perro Betún, con quien comparte las presas humanas que obtiene en sus cacerías. Germán Quinto, nombre de este peculiar personaje que, claramente, nos remite a un tristemente célebre ex edil local, se obsesiona con la belleza de la ciudad, lo que le provoca un apetito voraz que solo puede satisfacer aniquilando a ciudadanos porteños, cuyo sabor varía dependiendo de la relación que estos tienen con Valparaíso:

Qué mal sabor tienes, porteño feo. Si tuviste mujer, seguro no supiste cómo tratarla... porque te mastico y solo trago cosas malas ¿Cómo pudiste ser capaz de llevar el título de Valparaíso en tus hombros y ensuciar las Torpederas cada vez que había un evento cultural? No merecías vivir en este Puerto...estoy convencido que le he hecho un bien a esta ciudad con comerte [...] Betún ladra un poco, pero ya no tanto, porque parece que está comiendo. ¡Alguna parte humana debe andar devorando! (Matus 65)

El canibalismo asociado a la figura del perro tiene su origen en el proceso de conquista de América, en el que los españoles introdujeron feroces especímenes que contrastaban con la silenciosa docilidad de sus homólogos autóctonos y que, junto con los caballos, se convirtieron en fieles aliados y terroríficas máquinas de aniquilamiento. De acuerdo a lo planteado por Ricardo Piqueras Céspedes al desarrollar las implicancias del “canibalismo canino”, el impacto de estos perros en el continente fue determinante, al punto que “[...] a partir de 1492, los ladridos de los perros de guerra peninsulares, alanos, lebreles, mastines, galgos, podencos o sabuesos, más tarde criollos, expertos en olfateos y persecuciones, luchas, desgarros y destrozos, despertarán definitivamente a un continente en donde había reinado hasta entonces el más absoluto de los silencios caninos” (Piqueras 189).

El canibalismo canino operaba por delegación, en el sentido que no eran los conquistadores quienes ingerían directamente los cuerpos de los indígenas, pero sí lo hacían a través de sus perros, asumiendo en este acto “[...] una actitud condescendiente y provocadora, incitando y permitiendo dichos actos, lo que atestigua una vez más el valor superior que los conquistadores atribuían a sus caninos colaboradores en detrimento de la denostada humanidad indígena” (196). El personaje de la novela de Matus sí practica la antropofagia de forma directa, pero estos singulares banquetes siempre son compartidos con su mascota. Sus presas son los porteños, a los que separa entre “buenos” y “malos”, según la relación que tienen con la urbe, lo que determina su sabor una vez que son aniquilados: “Linda Martita. Alguna vez te compré pancito para mi familia y ahora que pruebo tu mano, me doy cuenta por qué cocinabas tan rico. Siempre estuviste agradecida de vivir en esta ciudad y participabas activamente en un club de cueca. Mmm...” (Matus 66). Lo que aquí interesa de este personaje es que de alguna forma expresa un amor enfermizo por Valparaíso, el cual lo desterritorializa de su rol de autoridad para hacerlo devenir caníbal, instalándose en una periferia salvaje y generando manada con los perros. El caníbal devora la identidad del territorio a través de sus habitantes. El personaje de Germán Quinto simboliza la destrucción de la esencia de Valparaíso a manos de un monstruo político (no hay que olvidar que en la ficción figura como ex líder del gobierno local de la ciudad), que padece este apetito insaciable que puede extrapolarse a una ambición desmedida de poder o riqueza que es saciada desde un escaño público mediante malas prácticas y corrupción. Hay una escena clave en este sentido y que acontece cuando el caníbal se pone a cantar “La Joya del Pacífico”, el himno por excelencia de Valparaíso, pero lo interpreta cambiándole la letra, es decir, profanando una canción que ha instalado a nivel global ese imaginario de nostalgia y belleza que es ya tradicional de la ciudad puerto:

[...] eres un arcoíris de múltiples colores –continúa su tarareo- tú, Valparaíso, caaaaarne especial. Tus mujeres son prietas rellenas, todas ellas, me las como con puré. [...] Yo me alejé de ti, puerto querido y al retornar de nuevo, te vuelvo a contemplar...la Joya del pacífico te llaman los travestis y yo te llamo carne fresca, como...como Viña del Mar. (84)

En este acto hay una fuerte carga paródica que tiene que ver con un componente esencial de la sátira, que dice relación con el hecho que toma como objeto de su ataque el

contraste que se produce entre la realidad con el ideal. Este sentimiento de insatisfacción, de acuerdo al análisis que hace Peale de los principios organizadores de la sátira, “[...] nace de la conciencia individualista de uno que se siente hostil a la realidad y la repudia precisamente por ser tal y como es. Ese individuo se objetiva de la realidad y aun de sí mismo para contemplar el mundo en torno y su relación con él” (Peale 195). El ataque va dirigido a la imagen tipo postal que se ha levantado de la ciudad y opera mediante un proceso reductivo, que es la técnica básica de la sátira, la que consiste en “[...] la degradación o desvalorización del objeto por la reducción de su estatura y dignidad” (202), todo esto con la finalidad de asediar los hitos de una discursividad que se ha oficializado como central y que es criticada como engañosa, en este caso mediante una expresión de carácter desacralizante que es otro de los atributos propios del devenir-animal y que se manifiesta a través de un personaje que se ha desprendido de una parte importante de su humanidad y que se aleja de la sociedad para conformar manada con los perros que van a parar a un canil, situado en la periferia, como parte de los residuos que la ciudad pretende purgar.

Esta relación entre devenir-animal y asedio a la identidad territorial, también está presente en la obra de Cristián Geisse, otro autor que, si bien no es nacido en Valparaíso, situó una parte muy importante de su obra en el puerto y le dio una relevancia especial a la presencia del perro en sus calles.

### **Patrimonio de la perrunidad**

El cuento “La hora del Quiltro”, incluido en el libro *El infierno de los Payasos* (2013), es un relato que tres años después derivó en la primera novela de Geisse, *Ricardo Nixon School* (2016), la cual es una descarnada crítica a los vicios del sistema educacional chileno. Una delirante recreación del quiltra porteño y de su simbolismo asociado a la decadencia y desgracia, extrapolable a la situación del territorio y sus habitantes, es lo que ofrece esta obra. En primer lugar, por la presencia del Terry, un perro que el profesor Arturo Navarro, protagonista de la novela, encuentra un día en su sala de clases, como un alumno más:

Nadie se reía. Miré directo hacia la esquina del fondo, donde estaba esa mancha difusa y turbia. Sentí un olor fuerte sacudiéndome la nariz. Y lo vi. Me dieron ganas de restregarme los ojos. ¿Era lo que yo creía? ¿No estaría delirando? Era imposible, incluso en un colegio semejante. Allá, a lo lejos, sin que yo pudiera convencerme del todo, se veía un perro de pelo gris grasoso, vestido con una chaqueta de mezclilla, mal sentado en la silla (Geisse 54).

Este singular personaje puede interpretarse como un alumno que ha devenido animal como mecanismo de respuesta frente a lo que ofrece un colegio donde abundan las malas prácticas y la infraestructura deficitaria, lo que viene a condensar los vicios del sistema que las distintas oleadas de movimientos estudiantiles han puesto en el tapete apelando a cambios de fondo. Resulta interesante que esta condición del alumno está vedada para el profesor Navarro, puesto que mientras él se escandaliza y trata a Terry como si efectivamente se tratara de un animal, sus compañeros de clase y el resto del personal del establecimiento lo ven y tratan como a un igual y critican al protagonista por prodigar un trato discriminatorio al adolescente. Mediante su proceso de devenir-animal, el Terry logra superar los obstáculos que le pone la institucionalidad y es capaz de progresar, llegando siempre con sus tareas, obteniendo buenas notas y enamorando a Laura, la chica más bonita del liceo. Esto último no es menor, pues desata la ira de Navarro, quien se sentía atraído por la muchacha, lo que, sumado al buen desempeño del alumno-perro, empieza a hacer más notorio el proceso de deterioro personal que empieza a experimentar el docente y que culminará en su propio devenir-animal.

Este sentimiento de inconformidad y envidia que embarga al protagonista puede ser interpretado según los postulados John Berger respecto a sentidos y efectos que tendría en el hombre el ejercicio de observar a los animales. Dialogando con los postulados de Lukács, establece que la mirada del hombre se posa sobre el animal bajo el lente de los conocimientos que acumula sobre ellos, lo que además de otorgar un poder sobre las bestias, a la vez lo separa más de ellas. Sin embargo, esta diferencia, que se expresaría bajo la forma de la ideología, eleva a la Naturaleza a la categoría de valor, respecto a aquello que queda fuera del alcance del ser humano. Se trata de:

Un valor que se opone a las instituciones sociales que despojan al hombre de su esencia natural y lo hacen prisionero. "(La naturaleza) puede así

tomar la significación de lo que, por oposición a las formaciones artificiales de la civilización humana, ha tenido un crecimiento orgánico y no ha sido creado por el hombre. Pero también puede ser captada como ese aspecto de la interioridad humana que sigue siendo natural o, al menos, tiene la tendencia, la nostalgia de redevenir naturaleza". Según esta visión de la naturaleza, la vida del animal salvaje adquiere un estatuto de idea, - un ideal interiorizado en tanto que sentimiento resultante de un deseo reprimido. (Berger en línea)

Esa es la opresión que experimenta Navarro, al padecer el malestar de intentar sobrevivir en un sistema que le cerró las puertas para desempeñarse ejerciendo lo que era su verdadera vocación (por no manejar los códigos y el manejo de influencias, no accedió a becas ni consiguió entrar a trabajar a una universidad), ejerciendo malamente como profesor en una institución que gozaba de la mala fama de que: "Allí llegaba todo lo que botaban de los otros colegios. Y me parece que eso último incluía también al cuerpo docente" (Geisse 15).

Resulta interesante cómo el escritor refleja esta condición de decadencia humana con el deterioro que vive la ciudad y como hace analogía del artificio de las promesas del sistema político con aquellas que buscan poner en valor la historia e identidad del territorio. Antes de experimentar el clímax de su fracaso vital, descendiendo por una escalera de Valparaíso, reflexiona respecto a los distintos parias sociales que se encontraba en ese lugar: punkis, borrachos, delincuentes. Esta fauna marginal lo hace cuestionar el estatus identitario del territorio, anclando su esencia a la figura del perro, que va dejando una escatológica y degradante marca en la urbe, la que también toca a sus habitantes:

Valparaíso es el patrimonio de la perrunidad. Difícilmente se va a encontrar una ciudad con más perros callejeros. Lo malo es que están feos, llenos de tiña, flacos y machucados. Y cagan en todos lados, ¡cuánta mierda pisé en Valparaíso! Y estoy seguro que también más de alguna vez pisé mierda humana. Porque para qué andamos con cosas: muchas de las personas que vivimos ahí no estábamos mejor que los perros. Una buena parte éramos quiltros lanzados a las calles, tristes o alegres, hambrientos o satisfechos, siempre a la buena de Dios. Yo me sentía así: un quiltro sin dueño, que no sabía a dónde ir, qué hacer, dónde estar (Geisse 104-105).

Esa sensación de incertidumbre, degradación y desamparo contrasta fuertemente con la del habitante ideal de una ciudad patrimonial, que es aquel que se siente dueño de la

herencia que le deja la historia del espacio que habita, el que lo inviste de una categoría honorífica que honra desde el cuidado y ornato del espacio público, de acuerdo a lo que recupera Salvatore Settis desde la experiencia patrimonial italiana. El ciudadano quiltro que presenta Geisse, es un desheredado, una víctima que no encuentra cabida ni menos realización en el modelo que se rige bajo los parámetros de un capitalismo tardío y que no tiene ninguna posibilidad de redención social. La escena en la que el personaje hace esta reflexión, se cierra justamente con el encuentro con un perro callejero. Navarro va bajando una escalera que conecta el cerro con el plan de la ciudad y al mismo tiempo un can negro va subiendo de forma cansada y se interceptan justo al medio de sus trayectos. Es apropiado que este cruce se produzca en una escalera, la construcción que conecta por excelencia en Valparaíso el arriba y el abajo, con todos los sentidos que estas dos categorías puedan soportar, y que en este caso elimina la distancia de Navarro con su propia animalidad, quien se dedica a observar al desdichado quiltro, siguiendo su trayecto con la expectativa que dispute el alimento a unos gatos que se encontraban en el mismo sitio, pero en lugar de eso, el perro “[...] agachó la cabeza y siguió hasta perderse en un callejón” (Geisse 106). El animal ha perdido hasta las ganas de luchar, estado que lo vincula con el personaje principal, que tras este breve episodio -que podría resultar anecdótico-, acepta su caída y se entrega a un frenesí alcohólico.

Esta ciudadanía quiltra derrotada y en proceso de degradación, puede contextualizarse dentro de la periodicidad que Verónica Sentis y Braulio Rojas establecen para la literatura porteña, fijando la narrativa actual en un período que ellos catalogan como el del “Nihilismo”, el que implica una perspectiva sugerida como “[...] marca del período de postdictadura, en la cual se condensa una desvalorización de la vida y el descreimiento respecto de una posible redención social” (Rojas y Sentis 194). La base de ese sentimiento nihilista es el escepticismo que surge producto de promesas de recuperación de derechos políticos y civiles y la generación de expectativas de bienestar que no se cumplieron. En el caso de Valparaíso, es posible actualizar esa serie de ilusiones fallidas propias de la post dictadura en la operación política de patrimonialización de una parte del territorio, que generó una imagen urbana sustentada en discursos que la literatura actual se encarga de asediar mediante la incorporación de voces, o mejor dicho ladridos, de subjetividades quiltras.

El Patrimonio Cultural otorga al hombre un sentido de “inmortalidad terrenal”, lo hace consciente de su capacidad de trascendencia (rasgo contrario al Nihilismo) y da sustancia al espacio público. Propicia una toma de conciencia de las consecuencias de nuestros actos, pues nos damos cuenta que nuestra finitud no implica el fin del mundo. Prescindir de este tipo de tradición, según Corine Pelluchon, lleva a “[...] una forma de vida que desembocaría en caos y violencia” (49). En la novela de Geisse, la ciudadanía quiltra se manifiesta como la oposición a una ciudadanía patrimonial y es la que se abre a procesos de devenir-animal como alternativa de sobrevivencia. El devenir-animal de Navarro plantea un giro interesante a la posibilidad que brinda el fenómeno propuesto por Deleuze y Guattari como una forma de superar obstáculos impuestos por las instituciones (como fue posible apreciar en algunos de los antecedentes de la presencia del perro en los textos de/en Valparaíso).

En el momento más frenético de su caída en desgracia, el protagonista deviene animal cuando es expulsado de su hogar (condición del quiltro por excelencia) y se dedica a vagar a la deriva por la ciudad, gastando sus últimos recursos en comprar vienasas para alimentar a perros callejeros que lo empiezan a seguir hasta conformar una jauría, con la que se mimetiza como macho Alfa, cayendo casi en el trance totémico de fusión con el animal conocida como “participación mística”, gatillada por la fuerte borrachera que lo posee en esos momentos; conforma la manada propia del devenir-animal. Recorre las calles de Valparaíso en dirección al barrio puerto, trazando un itinerario de degradación que culminará en calle Serrano, donde casualmente se encuentra con el Terri, con quien se dispone a enfrentarse por arrebatarle a Laura, la adolescente que motivaba sus fantasías. Sin embargo, el enfrentamiento queda truncado, porque de repente aparece la muchacha en evidente estado de embarazo. Esta nueva situación hace que Navarro sienta compasión por ellos y desista de su venganza. El alumno-perro que tan bien se desenvolvía en el liceo, igualmente terminó aplastado por las circunstancias y con un futuro muy poco prometedor por delante. El protagonista ve en ellos reflejada su propia condición, lo que le hace tocar fondo de manera definitiva:

Lloré y lloré por un buen rato, sentado ahí frente a la puerta del cajero. Los perros se sentían incómodos, pero no se fueron. No entiendo muy bien por qué era que lloraba así. Tal vez por Laura. Tal vez por mí. Tal vez por lo

absurdo de toda esa situación. Tal vez por lo triste de mi condición. Tal vez por todo eso junto: por la horrible hora del quiltro que me encontraba pasando (Geisse 127).

Martínez y García Reyes, al abordar el simbolismo de la presencia animal como uno de los tópicos relevantes en *La Virgen de los Sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, plantean que el malestar del ser humano, entendido como la insatisfacción provocada por la incapacidad de asimilarse a sí mismo y al mundo, denota la existencia de un principio demoníaco regidor. “Los animales, en cambio, viven en armonía con su ser y esto los aleja definitivamente de los hombres. El hombre busca la trascendencia, porque ésta tiene propiedades curativas para el mal de la vida, de su soledad y deformidad moral” (Martínez y García Reyes 64). Esa posibilidad de trascendencia está completamente denegada a los personajes de la novela de Geisse. Ni siquiera la posibilidad de experimentar el fenómeno del devenir-animal logra ofrecerles una salida frente a las complejas encrucijadas que deben enfrentar, estando determinados a fracasar, lo que va en línea con el momento estético que experimenta la actual literatura de Valparaíso, signada por el nihilismo. El animal y el devenir-animal por tanto adquieren aquí una connotación distinta, ya no liberadora, sino la de ser espejo del proceso de degradación personal que se experimenta en el territorio. Si se compara este imaginario local del quiltro con el que recientemente se ha instalado a nivel nacional e internacional, mediante la consagración y difusión del “negro matapacos”<sup>4</sup>, se aprecia que son totalmente diferentes, puesto que el perro callejero porteño está ajeno a toda la mística y épica que irradia el can que se ha alzado como símbolo de los postergados del sistema, del poder reivindicativo de la comunidad organizada y la importancia de la lucha por la justicia social.

Al proclamar la condición de la urbe como un “Patrimonio de la Perrunidad”<sup>5</sup>, se disputa la esencia identitaria de la ciudad puerto a las discursividades oficiales y se establece

---

<sup>4</sup> Perro chileno que se hizo conocido mundialmente por acompañar las protestas callejeras de los estudiantes, en las cuales amenazaba con sus ladridos a las fuerzas del orden público, durante la década de 2010; posteriormente, su imagen sería recuperada y alzada como emblema en las manifestaciones del denominado “estallido social” que comenzó en 2019.

<sup>5</sup> Sobre la relación entre perros callejeros y patrimonio en Valparaíso, recomiendo revisar la propuesta que Cristián Mora Valenzuela plasmó en su libro *Quiltros: Radiografía al patrimonio callejero de Valparaíso* (2016), en el cual, a través de la reconstrucción de las biografías de una treintena de canes porteños, plantea su presencia como reflejo del individualismo y la pérdida del sentido de comunidad que impone el acelerado ritmo de vida contemporáneo y, a la vez, pone en valor la resiliencia y una suerte de “sabiduría” que portan estos animales, convirtiéndose en elementos valiosos para la cultura local: “[...] hay un personaje no exento de

que su condición es otra muy distinta, que tiene ver con realidades que son silenciadas y que configuran un Valparaíso apócrifo en cuyo blasón literario la figura del quiltra ocupa un lugar muy relevante.

## Conclusiones

La presencia de la figura del perro en Valparaíso está plasmada en una variedad de textos de diversas épocas que lo abordan en relación directa con el territorio, cuyos registros demuestran que no se trataría de un referente menor, sino de un portador de sentidos desde el que se pueden leer diversas problemáticas locales de las cuales han dado cuenta los escritores.

El perro que vaga por las calles de la ciudad puerto es el espécimen conocido popularmente como quiltra, el que históricamente ha sido un reflejo de la condición de la urbe y de un segmento determinado de sus habitantes, reflejando las asimetrías sociales que generan pobreza y exclusión.

En algunas de las obras literarias escritas en Valparaíso o ambientadas en este espacio, la bestia canina representa procesos cruciales que determinan la vida de los personajes de cuentos y novelas, especialmente aquellas tácticas de resistencia o búsqueda de salidas ante los obstáculos que se les presentan en el locus urbano, fenómeno a ser interpretado bajo la propuesta epistemológica del devenir-animal y otras teorías que abordan la relación del hombre con su parte animal.

La interpretación simbólica de la presencia canina en estos relatos hace posible establecer el imaginario urbano de la “ciudadanía quiltra”, categoría que engloba a este sujeto que padece el malestar de no ser capaz de realizarse plenamente bajo el actual sistema económico-político, quedando relegado a vivenciar su propio proceso de degradación y derrota, lo que da un giro a las posibilidades de acceso a esa paz de carácter originario que

---

polémica y debate social, piedra de tope para políticas públicas y disidencias en las conversaciones de asados, el mismo que pareciera ser un Ave Fénix, resucitando año a año con mayor intensidad entre las sombras de las luces que ciegan las caminatas por el Plan y los cerros, factor que quizás ha prolongado el enmudecimiento de su sabiduría e invisibiliza la posibilidad de situarlo al nivel de patrimonio intangible que tanto merece; el único y medianamente ponderado Quiltra porteño” (Mora Valenzuela 11). El mismo autor también publicó una novela infantil de educación patrimonial titulada *Picho. Buscando a Talula* (2018), en la cual ofrece una didáctica panorámica de la historia, personajes y lugares típicos que conforman la identidad de Valparaíso, todo desde la óptica animal de sus quiltras protagonistas, abordando nuevamente la significativa relación entre perros y patrimonio que se da en la ciudad puerto.

constituye uno de los atributos arquetípicos de los animales (al presentarlos como seres libres de las ataduras del lenguaje y todo lo derivado de la máquina antropocéntrica).

Los exponentes de la literatura contemporánea de Valparaíso, que posee un marcado carácter territorial que refuerza su carácter de escritura local, recurren a la figura del perro para cuestionar las discursividades de carácter oficial que cruzan la ciudad, operando como tachadura o ladrido frente al artificio de las apariencias que proyectan una imagen urbana que se critica como engañosa por omitir aquellas realidades que resultan incómodas para un proyecto de progreso y esplendor urbano.

Resulta novedoso y relevante leer la presencia del perro como un recurso de disputa simbólica de la ciudad a través de la literatura contemporánea de y sobre Valparaíso y también como un elemento cuya problematización, acorde a lo que plantea lo que se conoce como el giro animal del pensamiento contemporáneo, ayudará a comprender mejor la situación y el rol del ciudadano dentro de los procesos y problemáticas que estos tiempos plantean a nivel local y nacional.

## REFERENCIAS

- Agamben, Giorgio. "Qué es lo contemporáneo".  
<https://etsamdoctorado.files.wordpress.com/2012/12/agamben-que-es-lo-contemporaneo.pdf>. Consultado el 04 de enero del 2020.
- Blanco Amor, Eduardo. *Chile a la vista*. Editorial del Pacífico S.A., 1957.
- Berbelagua, Natalia. *La Bella Muerte. Epifanías fúnebres*. Emergencia Narrativa, 2013.
- Berger, John. "¿Por qué miramos a los animales?".  
<https://www.lavida.org.mx/sites/default/files/201309/13%2C14.19%20SUPLEMEN TO%20%2C2%20BFOR%20QUE%CC%81%20MIRAR%20A%20LOS%20ANIMALES%3F%20DE%20JOHN%20BERGER.pdf>. Consultado el 05 de mayo del 2020.
- Calderón, Alfonso, y Marilis Schlotfeldt. *Memorial de Valparaíso*. RIL Editores, 2001.
- Darío, Rubén. *Azul*. Editorial UV de la Universidad de Valparaíso, 2013.
- Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. PRE-TEXTOS. 2004.
- Geisse, Cristián. *Ricardo Nixon School*. Editorial Planeta Chilena, 2016.
- Iglesias, Catalina. "La Búsqueda". *Antología de Nuevos Narradores de Valparaíso*, edición de Julio Flores, Ediciones Océano, 1971.
- Martínez, María Luisa, y David García Reyes. "Que los muertos entierren a sus muertos: la muerte, la violencia y los animales en La Virgen de los sicarios (novela y film)" *Cuadernos del CILHA*, Vol.17, N° 2, 2016, pp. 51-69.
- Matus, Cinthia. *El Caníbal de Laguna Verde*. Emergencia Narrativa, 2013.
- Mora Valenzuela, Cristián. *Quiltros: radiografía al patrimonio callejero de Valparaíso*. PESCH Ediciones, 2016.

- Pelluchon, Corine. *Manifiesto Animalista. Politizar la causa animal*. Reservoir Books, 2018.
- Peale, George. "La sátira y sus principios organizadores". *Prohemio. Revista de lingüística y crítica literaria IV*, 1973, pp. 189-209.
- Piqueras Céspedes, Ricardo. "Los perros de la guerra o el 'canibalismo canino' en la conquista." *Boletín Americanista*, 2006, no. 56, pp.186-202
- Rojas Castro, Braulio, y Verónica Sentis. "Valparaíso, patrimonio de la eterna decadencia: decadentismo, panoptismo y nihilismo en la literatura porteña." *HYBRIS, Revista de Filosofía* 7, 2016, pp. 183-214.
- Salazar, Gabriel. *Ser niño "huacho" en la historia de Chile (siglo XIX)*. LOM Ediciones, 2006.
- Sepúlveda, Magda. *Ciudad Quiltra: Poesía chilena (1973-2013)*. Cuarto Propio, 2019.
- Subercaseaux, Bernardo. "Perros literarios, humanos y animales". *El mundo de los perros y la literatura (condición humana y condición animal)*, edición de Bernardo Subercaseaux et al, Ediciones Universidad Diego Portales, 2014.